

Virtudes...

del padre Virtuoso

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

En la entrevista del padre José Virtuoso (llevada a cabo por Oscar Perdomo Marín, en *Últimas Noticias*, el domingo 5 de mayo), puede pensarse lo que cada lector tenga a bien, pero pienso (a mi turno) de que dice tantas cosas, fórmula tantas observaciones, abre las ventanas del diálogo, que podríamos incurrir en un error si apenas la leemos, la subrayamos, y la remitimos al archivo que nunca más abriremos porque nuestra vida se está convirtiendo en un inmenso archivo que nadie tendrá tiempo de abrir. En primer término, diremos que sería una impertinencia, y una inconsecuencia con uno mismo, si en época tan melancólica y confusa, no se le presta la atención debida a un pensador de tanta influencia como el padre jesuita.

Comenzaré por la mayor de todas las discrepancias, para no disimular luego las coincidencias. Diré que me resisto a aceptar como fatal la alternativa diálogo-guerra civil que el padre Virtuoso, como el Presidente de la República y el Presidente de la CTV suelen usar indistintamente para mostrarnos un horizonte de sangre. No creo en la guerra civil como alternativa, y menos aún creo en su invocación como fatalidad. Al contrario, pienso que se invoca, sobre todo por parte del Presidente de la República, como ultimátum: "O aceptas mi revolución bolivariana, como yo la quiero, como yo lo mando, o habrá guerra civil". Es decir, que no queda otro camino que rendirse a discreción.

La expresión "guerra civil" debería estar prohibida en el lenguaje político venezolano, por todo lo que esas guerras significaron en la historia, por el horror que significan en países amigos, y porque después de tantas décadas de paz, deberíamos haber aprendido que no hay bendición más grande que la paz.

El renacimiento de esta expresión tiene su historia: en su larga campaña electoral, el teniente coronel Chávez se presentaba como el candidato que nos "podría salvar de la guerra civil". Cuando conquistó la presidencia, se ufano entonces de "habernos salvado de la guerra civil, y de llevar a cabo una "revolución pacífica". Cuando comenzó a declinar en su popularidad, ya la expresión fue tomando la connotación de ultimátum que ahora tiene. Frente a las posibilidades (negadas) de guerra civil, yo propondría (cristianamente) la resignación, que el Presidente Chávez Frías siga adelante, y, que, haga de Venezuela lo que a bien tenga, y, finalmente, que Dios nos agarre confesados. Para mí todo, menos la guerra civil.

No quedará sin consecuencias, la valiente entrevista del padre Virtuoso. Si virtudes tiene, reconozcámosle la de la firmeza de sus convicciones, y la de decir lo que piensa, más allá de las incomodidades que pueda o haya podido suscitar cuando le sugiere a la Iglesia Católica algún arrepentimiento: "Si alguien tiene que pedir perdón en este proceso es la Iglesia Católica". Abstengámonos de ahondar en esta parte de la entrevista, y dejar la discrepancia para que la resuelvan entre sí quienes saben interpretar la palabra de Dios. No es cuestión para legos. Quizá el asunto ilustra que de la fragmentación ni la Iglesia escapa. Mal signo.

Coincidimos con el padre Virtuoso cuando apunta, entre las condiciones para el diálogo, ésta: "Lo primero es el reconocimiento de la Constitución y de la institucionalidad, y reconocer, a su vez, que Hugo Chávez es el Presidente de la República elegido y reelegido por la mayoría de votos y, aunque ha cometido errores, ninguno justifica su deposición mediante

la violencia". Sin duda, así debe ser. Pero haber sido elegido por mayoría no significa que se le hayan otorgado al Presidente poderes que ha ido acumulando en sus manos de manera ilimitada. Fue elegido por cinco años, durante la vigencia de una Constitución democrática, la de 1961, y mediante argucias y relegitimaciones, después de tres años aún está en el primero, y no cesa de prometernos que allí lo veremos hasta el 2021, y, quién sabe si más allá, si encuentra (con toda probabilidad) juristas que interpreten el Derecho constitucional desde la perspectiva "revolucionaria". En este sentido, no debemos olvidar que también el general Juan Vicente Gómez fue entera y legalmente revolucionario: estuvo en el poder 27 años, sin violar la Constitución. No estuvo más, no por falta de juristas, o Constituciones, sino porque se murió de viejo.

Otro asunto capital anotado por el padre Virtuoso tiene que ver con los militares. "La necesidad, dijo, de que la FAN se retire a los cuarteles y restrinja su participación política a los mínimos necesarios". La politización de las FAN fue, en efecto, una de las perversiones más graves y más temerarias de la "revolución bolivariana", a pesar de que la doctrina sobre el gobierno civil de Bolívar tuvo que ser adulterada. La Constitución de 1999 consagró los fueros que el país había rechazado desde la fracasada Revolución de las Reformas en 1835. Despojó al poder civil de toda competencia, creó un Estado armado dentro del Estado, puso en el Jefe del Estado todos los privilegios y prerrogativas. Si los argumentos de quienes abogamos (entonces) por una visión más democrática y más contemporánea del papel de las FAN en la sociedad, los escombros que ahora sobreviven son un

(y pecados)

testimonio de aquellas buenas razones, pero desde luego, no un consuelo. Fueron condenadas a la deliberación, deliberaron, conspiraron, y derrocaron al Presidente. Lo trajeron de nuevo porque la "deliberación" y las disputas entre los conspiradores predominaron, no la lealtad a la Constitución, póstuma excusa oportunista. Lo dijo el general en Jefe don Lucas Rincón Romero, ante la Comisión de la Verdad: "No pudieron ponerse de acuerdo en 48 horas para repartirse siete cargos". Al general le brillaron los tres soles, cuando explicó en tan pocas palabras el fracaso del golpe. Óigame, padre Virtuoso: los militares no volverán a sus cuarteles como las ovejas al redil. Será preciso (más allá del escarmiento presidencial), la reforma de la Constitución, y la reivindicación de las prerrogativas del poder civil.

Otra de las condiciones del padre jesuita tiene que ver directamente con el jefe del Estado. "...que el Presidente se convenza a sí mismo y al resto del país mediante señales creíbles de rectificación, de la necesidad de reorientar su estilo de gobierno sobre la base del diálogo, el reconocimiento de diferencias y la tolerancia". ¿Será esto posible, padre Virtuoso? Tres años de agresiones estériles, de antagonismos exacerbados, de maniqueísmo dogmático, ¿podrán desaparecer de la noche a la mañana? Me uno a usted en las oraciones. ¡Quizá San Francisco de Asís, (aunque no era jesuita), pueda ayudarnos! Venezuela, en efecto, es una sociedad democrática, y no puede gobernarse ni con el látigo ni con el garrote. La realidad lo reitera un día tras otro. No basta ser elegido, porque se elige a un presidente para todos los ciudadanos, no para que nos divida en buenos y malos, y nos recuerde a los últimos todos los días que estamos excluidos de

la gracia de Dios. ¿Será posible la tolerancia en quien no tiene idea de ella? Aceptemos el milagro.

Para que el diálogo sea posible, anota Virtuoso, se requiere que "las minorías polarizadas se conviertan en fuerzas políticas homogéneas, saliendo de su anomia y dispersión y conectándose orgánicamente con las mayorías". Imagino que el padre se refiere a los partidos. Sin partidos no hay democracia. Sin respeto a los partidos tampoco, sea cual fuere su representatividad social. Un quinto factor propone el padre: la inclusión "de los sectores populares en el juego político, lo que supone su reconocimiento como actores políticos que deben ser escuchados desde sus exigencias de marginación secular, culturas y tradiciones. Se trata de una premisa imprescindible para la paz social". Cierro. El quinto factor, por último, puede ser el primero. También es el más sensible, el que se puede prestar para la utilización de las masas, como un instrumento de dominación social. Los "círculos bolivarianos" pueden ser una de sus desviaciones más peligrosas y más perniciosas.

El Plan Bolívar 2000 despilfarró incalculables recursos en una supuesta lucha contra la pobreza. Ahora, tres años después de revolución, hay más pobres y más desempleo, más desconcierto, más incertidumbre, más deseos de irse a otra parte. ¿Tiene alguien idea de qué ha ocurrido, y qué podrá ocurrir con la reforma agraria, y cuál será su desenlace? ¿Se hace alguien ilusiones de cambio y de diálogo, de rectificaciones de fondo, con los ministros designados el domingo 5 de mayo? ¿No fue un serio revés a quienes con buena voluntad concurren o concurren a las mesas de diálogo del Palacio de Miraflores? ¿Cuáles son las reformas que puedan rescatarnos

de la parálisis de la economía, del creciente déficit fiscal, de la sombra de tener que ir de rodillas al Fondo Monetario Internacional?

Virtuoso hizo también observaciones pertinentes sobre los medios de comunicación. En la confrontación intolerante, ni el gobierno, ni el Presidente, ni los medios, salieron ganando. Pero con unos medios dóciles y complacientes quizá no estaríamos ahora analizando sus errores. Tan sencillo como eso.

El país tiene que rectificar a fondo las estructuras del Estado. Una democracia sin equilibrio de poderes no es democracia. Ni siquiera en los tiempos de Juan Vicente Gómez, y es mucho decir, los poderes del Estado fueron controlados por el Presidente de la República como lo son ahora. De la independencia de poderes, del TSJ, del Poder Ciudadano, del CNE, de la Asamblea Nacional, dependerá el destino de la democracia venezolana. Para lograr algo que ya era una conquista venezolana (esta afirmación resiste el análisis y la crítica, y la hago a conciencia), no podrá haber desmayo ni abdicación.

No quiero defraudar al padre José Virtuoso (porque me gustaría compartir sus esperanzas), pero la declaración del Presidente de la República a *The New York Times*, el viernes 3 de mayo, reitera la misma obstinación de costumbre: "No existe una oposición política seria. No hay en la oposición alguien al que pueda llamar para que se siente a mi lado, para que conversemos de los más diversos temas; una persona que sea un líder serio y honesto que tenga el liderazgo de la oposición".

SIMÓN ALBERTO CONSALVI
EXMINISTRO DE RR. EE.